

Históricas Digital

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario visitó el convento de Maní y el de Humún, y de la cibdad de Mayapán”

p. 366-370

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Seis leguas de Tikax comienzan los pueblos de la provincia de Petu de los mismos indios mayas, partido de un clérigo del mismo obispado de Yucatán, y como cuarenta leguas más adelante entre oriente y sur, está la villa de Salamanca de Bacalar, de diez o doce vecinos españoles, algunos de los cuales tienen en encomienda unos pobleuelos de indios de la lengua de huaimil, que casi es como la de Campeche; de los unos y de los otros tiene cargo en lo espiritual un clérigo. Hay por allí muchas lagunas y dase algún cacao; para ir allá desde Mérida se pasan algunas ciénagas y lagunas, y desde allí se embarcan para Honduras y Guatemala, yendo a salir al Golfo Dulce o a Puerto de Caballos; allí en Bacalar se acaba el obispado de Yucatán, y por allí confina con el de la Verapaz.

[CAPÍTULO CLIV]

De cómo el padre comisario visitó el convento de Maní y el de Humán, y de la cibdad de Mayapán

Jueves veintidós de septiembre salió el padre comisario de Tikax a las dos de la mañana, la vía de Oxkutzcab, y andadas aquellas tres leguas por el mismo camino que a la ida había llevado, llegó antes del día al dicho pueblo, donde halló a aquella hora toda la gente junta, que le estaba aguardando con algunas danzas y bailes, con muchas ramadas y música.

Hiciéronle aún más fiesta que la otra vez y entróse en el convento, donde esperó a que amaneciese, y luego prosiguió su viaje, y andadas dos leguas de camino razonable llegó temprano al pueblo y convento de Maní. A la una legua había hecha una gran ramada con algunos ranchos en que estaban muchos indios principales, para dar recado si acaso alguno de los frailes llevase necesidad de desayunarse; en toda la otra legua siempre fue encontrándose indios de Maní y de otros pueblos de aquella guardiánía, de a pie y de a caballo, que salían a verle y a recibirle, y entre ellos salió el corregidor de aquella provincia. Desde la entrada del pueblo hasta la puerta del patio del convento hubo muchas ramadas, y en cuatro o cinco dellas estaba en lo alto, en cada una, una capilla de indios cantores, cantando motetes a canto de órgano, las otras tenían un juego de títeres muy graciosos, y allá en la última había muchas cruces, andas y pendones, y en todas ellas gran multitud de indios e indias. Acudieron después los principales, con presentes de muchas gallinas de la tierra, me-

lones, pitahayas, iguanas, candelas y rolletes de cera blanca, miel y plátanos y otras frutas.

Es el pueblo de Maní el mayor de aquella provincia, tenía más de tres mil tributarios y hay en él mucha gente ahidalgada, y que en policía y viveza parece que hacen ventaja a los demás; han sido y son los de Maní muy devotos de nuestro estado, muy domésticos y obedientes a nuestros frailes. Estos de Maní fueron los primeros que enviaron a ofrecer la paz a los españoles, y los que de paz los recibieron cuando entraron en Yucatán.

Hay en aquel pueblo un buen hospital labrado de cal y canto, en que se curan algunos indios, y en especial curaban entonces a los llagados de lamparones, enfermedad muy penosa y no poco pegajosa, y que reina mucho en aquella tierra; llámanla los indios *castellan zob*, que quiere decir bubas de Castilla, porque dicen que nunca entre ellos se había visto hasta la venida de los españoles, entre los cuales no se halla, que no es poco de considerar viendo cuánto ha cundido y cunde entre los pobres indios; parece que la traspasaron los españoles a los naturales con todos sus muebles y raíces, y que arraigó tanto en ellos que no son poderosos para arrancarla y destruirla, o por ventura la dieron en trueque y cambio del mal francés que dicen fue a España de acá de las Indias. En el hospital sobredicho está fundada una cofradía de la concepción de nuestra Señora en que hay muchos cofrades, los cuales la sirven y administran con mucho cuidado, y acuden al cumplimiento de las ordenanzas que para su conservación y bien de todos les han dado; esta misma cofradía está fundada en algunos conventos de aquella provincia, donde asimesmo se tiene el mismo cuidado. Hay en aquel pueblo de Maní unas casas reales muy grandes, de cal y canto, en las cuales moran los corregidores y está la cárcel y hacen los indios su Audiencia. Bebe toda aquella gente de dos anorias, que tienen dentro en el pueblo, que de día y de noche nunca cesan de sacar agua, la cual cae en dos pilas o estanques y de allí tómanlas las indias. Hay en aquel pueblo dos parcialidades, la una se llama Maní y la otra Tezul, y cada una tiene por sí un gobernador, con sus alcaldes, cabildo y jurisdicción.

En aquella guardanía, junto a un pueblo de visita llamado Telchac, estuvo fundada una cibdad muy populosa, llamada Mayapán, en la cual (como si fuera corte) residían todos los caciques y señores de la provincia de Maya, y allí les acudían con sus tributos. Entre éstos había dos principales, a quien[es] los demás reconocían superioridad y vasallaje y tenían grandísimo respeto; el uno se llamaba Cocom y el otro Xiu, y dicen los indios viejos que el Xiu, ayudándose de otros principales, mató

al Cocom, que era más señor y más principal que él, y que para hacerlo los indignó contra él, informándoles o haciéndoles creer que el Cocom vendía escondidamente los indios naturales a los mercaderes extranjeros. Con la muerte del Cocom se despobló la cibdad de Mayapán, y quedándose (según dicen) el Xiu y los de su familia y banda en lo de Maní, se fueron los descendientes y de la familia y valía del Cocom a lo de Zotuta, que es, como atrás queda dicho, un partido de clérigos al presente, y siempre unos con otros tuvieron guerra hasta la venida de los españoles; lo mismo hicieron los demás caciques, que se fueron a sus tierras dejando despoblada la cibdad de Mayapán. Vense agora en su asiento y sitio muchos cimientos y paredones de casas de cal y canto, muchos *mules* y templos de los ídolos, y en especial uno muy alto, al cual se sube por cuatro escaleras de piedra, de escalones pequeños, pero muy anchas, puestas a las cuatro partes del mundo, a cada una la suya. En lo alto deste *mul* está una casa de cal y canto, de bóveda, con ciertos retretes, adonde dicen que entraba a orar el sacerdote de los ídolos. Cerca del pie deste mismo *mul* hay un *zonote* muy hondo, con una piedra muy lisa en la boca y borde, por la cual (según dicen) despeñaban a los que sacrificaban a sus dioses. Bien se echa de ver que hubo allí gran poblazón en tiempos pasados.

El convento de Maní (cuya vocación es de San Miguel) está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios, celdas y iglesia; todo es de cal y canto, y la iglesia de bóveda, con su capilla de lo mismo y algunos lazos de cantería; tiene una bonita huerta, en que hay muchos naranjos, plátanos, guayabos, aguacates, ciruelos y algunos cocos, y riégase todo con el agua que se saca con otra anoria que está en la misma huerta. Los indios tienen una ramada grandísima y muy vistosa, de más de doscientos pies de largo y de más de ochenta de ancho; en ésta tienen, arrimada al convento, su capilla, hecha de cal y canto y de bóveda, con algunos lazos, y a ésta llaman San Francisco. Sobre esta ramada se ponen cada día, muchos años ha, poco antes de anochecer, dos pájaros llamados en aquella lengua *guenquenbac*, y a veces no más de uno, aguardando a que salgan los murciélagos, de que hay mucha abundancia en aquella tierra, y en viendo salir alguno luego se abaten y abalanzan a él, y sin remisión le cogen; parecen estos pájaros mucho a los alcotanes. Aquella ramada está dentro de un patio cuadrado, en que hay muchos naranjos puestos por orden, y cuatro capillas, en cada esquina la suya. Dentro deste patio, arrimada a la iglesia, está la escuela de los indios, la mejor de toda aquella provincia, de donde más y mejores cantores salen, porque tienen renta para los maestros y fiscales, y así se tiene en todo muy gran cuidado. Puso en orden aquella escuela, en tiempos pasados, un fraile lego lla-

mado fray Juan de Herrera, muy hábil y de muy buenas trazas y gobierno, el cual enseñó muchos *nauatlatos* de nuestra lengua castellana, y con deseo de padecer martirio pasó después a lo de México y de allí a los chichimecas, donde le mataron aquellos infieles bárbaros. Para el servicio desta escuela hay otra anoria dentro della, de donde llevan encañada agua a una pila que está en el patio de la iglesia, para que beba la gente en las pascuas y otras fiestas solemnes en que hay concurso de indios. Moraban en aquel convento cuatro religiosos; visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos cuatro días; todos los indios de aquella guardianía son mayas.

Lunes veintiséis de septiembre salió de Maní el padre comisario, de madrugada, y andadas dos leguas de camino algo pedregoso, llegó, antes que fuese de día, a un buen pueblo de la misma guardianía llamado Mamá. Recibióronle los indios con muchas ramadas, luminarias y música de flautas y algunos bailes; dioles las gracias y pasó adelante, y andada otra legua del mismo camino, llegó a otro pueblo de la misma guardianía llamado Tikit, ya de día claro, donde se le hizo el mismo recibimiento, con mucho concurso de indios e indias. Junto a la iglesia deste pueblo hay una hoya muy honda, y abajo una como cueva o covacha de agua, de que bebe todo el pueblo; solían bajar las indias con grandísimo trabajo y peligro a sacarla, y un fraile guardián de Maní hizo hacer tres *escaleras* de piedra que llegan abajo, por las cuales suben agora y bajan con facilidad, sin peligro ninguno. Pasó adelante el padre comisario por poder llegar a comer al convento de Humún, que está cinco leguas de allí, y andadas las dos y media de camino muy pedregoso, llegó ya tarde a una aguada o *zonote* llamado Ochil, donde antiguamente hubo un pueblo de indios. Allí estaba el cacique de Humún y otros muchos de aquel pueblo, y en una ramada que tenían hecho de prestado tenían aderezado el almuerzo para el padre comisario, el cual le sirvió también de comida. Detúvose allí como una hora, y prosiguiendo su viaje, andadas otras dos leguas y media de algo mejor camino, llegó muy cansado y fatigado al pueblo y convento sobredicho de Humún, donde se le hizo muy buen recibimiento con mucha gente y algunos bailes, y unos enmascarados que, bailando y haciendo gestos y monerías muy vistosas, remedaban también, muy al natural, el canto de unos pájaros nocturnos de aquella tierra; hubo música de flautas y trompetas, y salieron muchos indios a caballo. Es aquel pueblo de mediana vecindad, de indios mayas, de los cuales son también los demás de la guardianía; de todos los pueblos acudieron los principales con presentes de gallinas y con algunos racimos de plátanos. Hay en Humún una anoria con que sacan agua para todo el pueblo, y hay en su comarca algunos *zonotes* en que se dan muchos bagres.

El convento, cuya vocación es de San Buenaventura, tenía acabado el claustro bajo y cuatro celdas altas y una otra en que está el santísimo sacramento, hechas todas de cal y canto; tiene una pequeña huerta con algunos naranjos y chicozapotes, y en ella un pozo de que se saca agua a brazos; para los indios hay su ramada y capilla como en los demás pueblos. Moraban allí dos religiosos; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

[CAPÍTULO CLV]

De cómo el padre comisario llegó al convento de Mérida, y de unas nuevas que recibió de España cerca de los negocios de México

Estando el padre comisario en aquel convento de Humún, martes veintisiete de septiembre, recibió una carta de fray Pedro de Zárate (el que, como dicho es, hacía sus negocios en España), su fecha en el puerto de Ocoa a treinta de agosto de aquel año, en que le decía cómo venía en la flota y que le traía un duplicado de la patente del padre Francisco de Tolosa, ministro general, de la confirmación de su oficio, y otro de la cédula real en conformidad de aquella patente, y daba aviso de que el dicho padre ministro general había llegado a Madrid y quitado de su oficio de comisario general de Indias al padre fray Hierónimo de Guzmán, y puesto en su lugar a otro padre de la provincia de la Concepción, llamado fray Antonio de San Cipriano, y que enviaba a un hermano deste, llamado fray Bernardino de San Ciprián,* a lo de México por juez, para castigar las alteraciones de los frailes de aquella provincia, y que venía en aquella flota; y no declaró más cerca desto diciendo que no lo haría porque iba aquella carta a la ventura, que no sabía si le hallaría en aquella provincia de Yucatán, porque antes le habían dicho que estaba en La Habana, y que para allá le escribía largo; y decía también en su carta el Zárate que estando ya la flota para partirse, había llegado a Sevilla el dicho padre San Cipriano con sus recados para los negocios de México, pero, como dicho es, no declaró si venía por comisario general o no; presto empero se sabrá esto, pero primero conviene que se dé fin a la visita y se tenga capítulo.

* Varias líneas abajo se menciona como San Cipriano, y posteriormente como San Cebrián, que es la forma tradicionalmente conocida de este apellido. [N. del E.]